

Conversacion LXXVI

SOBRE LA MALA MUERTE.

Rogata. He hecho ya diferentes reflexiones sobre todo cuanto me habéis dicho hasta aquí, acerca de la Muerte: y sin embargo, me ha quedado todavía alguna cosa que preguntaros.

Tálida. Pues nosotras creíamos habértelo dicho ya todo.

Rogata. Sí es verdad; tocante á la Muerte en general, y á la buena Muerte; pero nada me habéis hablado aún acerca de la Muerte mala y desastrada.

Serápia. Y ¿qué es lo que quieres saber sobre este punto?

Rogata. Quisiera saber, cuál es la causa de que la Muerte sea mala.

Talida. Así como la presencia de la Caridad en el

corazón, es causa de que la muerte sea buena; así su ausencia ó falta es la que la hace infeliz.

Rogata. ¡Qué! ¿Sólo eso es lo que hace y es causa de una mala muerte?

Serápia. No decimos nosotras, que sea eso solo lo que decimos es, que solo esto basta para hacer que sea mala y desdichada.

Rogata. ¿Luego hay todavía otra cosa además de esta?

Tálida. Tú no dudes, que así como la Caridad trae consigo, y introduce en el alma otras muchas virtudes; así la falta de caridad acarrea muchísimos pecados.

Rogata. ¿Y es esto todo lo que hace, que la Muerte sea mala?

Serápia. Sí; pero el origen de esto es siempre la falta de caridad.

Rogata. Juzgaba yo que para morir desastradamente, se necesitaba ser muy perversos.

Tálida. No por cierto; el no tener caridad es suficiente motivo.

Rogata. ¿Qué prueba tenéis para asegurar esto?

Serápia. Tenemos muchas: la primera en el Evangelio; en donde vemos que las vírgenes imprudentes y necias fueron arrojadas de la sala del banquete, que es figura del Cielo, no por otro motivo que por no tener el olio de la Caridad.

Rogata. En efecto, no les faltaba mas que eso; pues

por otro lado eran irreprehensibles, y en el concepto de las gentes pasaban por unas santas.

Tálida Mucho celebramos, que, sin pensarlo tú, estes hablando en nuestro favor, y contra tí.

Rogata. Consiste eso en que no puede una excusarse de reconocer la verdad, cuando es tan palpable.

Serápia Ve aquí otra prueba: "El que no ama, dice el Apóstol San Juan (1), se entiende con un amor de Caridad, permanece en la Muerte; anda en tinieblas, y no sabe á donde va."

Rogata. Estas palabras confirman admirablemente lo mismo que vosotras habéis propuesto.

Tálida. Permanecer en la Muerte, caminar entre tinieblas, no saberse á donde se va; ¿no te parece que es un estado bien deplorable? Pues este es el estado de los que mueren sin Caridad.

Rogata. Imposible es resistirse á la luz de estas verdades tan claras.

Serápia. Mira todavía otra prueba, que no es menos robusta que las precedentes: "Aun cuando yo hablaste, dice el Apóstol (2), en todos los idiomas de los hombres, y el lenguaje mismo de los Angeles, si no tengo caridad, no soy mas que como el sonido de un metal, ó el eco de una campana; y aun cuando yo poseyera el don de profecía, y penetrara

1 Jonn. 3, 14.

2 Cor. 13. á v. 1 seqq.

"á fondo todos los Misterios, y tuviese una perfecta ciencia de todas las cosas: aun cuando tuviese tambien toda la fé que es posible, hasta transportar de una parte á otra los montes; si no tengo Caridad, nada soy: aunque yo hubiese distribuido todos mis bienes, por socorrer y alimentar á los pobres; y hubiese entregado mi cuerpo á las llamas; si no tengo caridad, todo eso de nada me sirve."

Rogata. Comprendo bien, que se puede saber todas las lenguas, y hablar como un Angel sin tener Caridad: entiendo asimismo, que se puede poseer todas las ciencias humanas y divinas, y no tener Caridad; pero no comprendo, que se pueda hacer pasar los montes de un sitio á otro, en fuerza de una fé muy grande; distribuir todos los bienes á los pobres; y arrojar su cuerpo á las llamas por el nombre de Jesucristo sin tener caridad.

Tálida. A la verdad, esto es difícil de comprender; mas no por eso es menos cierto; puesto que el Espíritu Santo nos asegura así por boca de su Apóstol.

Rogata. Eso es bien digno de reflexionarse maduramente y muy despacio.

Serápia. A eso mismo te exhortamos, para que no seas del número de aquellas necias Vírgenes, que se hallaron con la puerta del cielo cerrada: y que oyeron de boca del mismo Jesucristo aquella terrible sentencia "Idos, idos no os conozco."

Rogata. Supuesto este principio indubitable, ¿no se podrá nunca saber si se tiene ó no caridad?

Tálida. No; no se puede sin particular revelación.

Rogata. ¡Cosa bien triste es, en verdad, pasarse así toda la vida en esta incertidumbre!

Serápia. Pero cosuelate con que hay ciertas señales, por donde se puede venir en conocimiento de si se tiene caridad ó no.

Rogata. ¿Acaso podrá haber otras mejores, que el hablar en todas lenguas; tener tanta elocuencia como los Angeles; poseer todas las ciencias; transportar los montes distribuir todos sus bienes entre los pobres, y entregar su cuerpo al fuego por Jesucristo.

Tálida. Sí; las hay porque todo eso se puede hacer por motivo de vanagloria; y conservando todavía dentro del corazón algún odio secreto; como ha acaecido á algunos hereges.

Rogata. Decidme, pues, ¿qué señales son esas, que vosotras reputáis por mejores?

Serápia. No he de ser yo quien te las diga; sino el propio Apóstol (1): "La caridad es paciente, es suave y bienhechora; la caridad no es envidiosa; no es temeraria, ni precipitada; no se hincha de orgullo ni es ambiciosa; no es esquiva; no busca sus propios intereses no es jactanciosa, ni se irrita por cosa alguna; no sospecha mal de nadie; no aplaude ni se alegra de la injusticia, pero se regocija de la verdad: lo tolera todo; lo cree todo; lo espera todo; y lo sufre todo."

1 Ibid á. v. 4. seqq.

Rogata. Conozco ya, que verdaderamente estas señales son mejores y mas seguras que las otras; pero no las entiendo todas bien.

Tálida. Justo será explicártelas de forma que las entiendas. La Caridad es *paciente*; quiere decir, que sabe soportar, sin rezongar, y sin rebelarse ni entornarse interior ni exteriormente, todos los males que la sobrevienen de parte de Dios ó del proximo, por el amor con que les mira.

Rogata. Explicame á ese modo todas las demas cualidades de la Caridad.

Serápia. Fuerza será obedecerte. La Caridad es *sua-ve y bienhechora*; quiere decir, es afable, benigna, compasiva y liberal; no contentándose con palabras solamente, sino acompañándolas con los efectos ó con las obras.

Rogata. Todo eso lo entiendo bien: continuad, si gustáis.

Tálida. La Caridad no es *envidiosa*; es decir, que se alegra tanto del bien que sucede á otros, como de el que la resulta á ella misma; y se entristece igualmente del mal ageno, como del suyo propio.

Rogata. Bellísimamente me parece todo eso.

Serápia. La Caridad no es *temeraria* ni *precipitada* esto es, no se expone temerariamente á peligro de ofender á Dios; y en asuntos pertenecientes á la salvacion, nada hace inconsideradamente; sino que antes bien, se conduce con la mayor madurez.

Rogata. No cabe explicar mejor todas estas cosas.

Tálida. La Caridad no se *infla con orgullosa presunción*, ni es *ambiciosa*; es decir, que no se gloria ni se envanece jamás en sí misma del bien que hace, ó de las buenas cualidades que la adornan; porque sabe que toda la gloria es debida á solo Dios; esto es, mas quiere ella humillarse, que engreirse; y antepone el servir á los demás, á lo que es mandarles.

Rogata. Mucho gusto tengo en oír eso.

Serapia. La Caridad no es *desdeñosa*; es decir, que á nadie menosprecia interior ni exteriormente, porque no se detiene de propósito á mirar ningun defecto; y solo abre los ojos para ver y aplaudir las buenas prendas que advierte en cada uno.

Rogata. Yo admiro todo eso, y me parece una maravilla.

Tálida. La Caridad *no busca sus intereses propios*: esto es, sacrifica siempre sus intereses á los de Dios y el prójimo; lejos de sacrificar á los suyos los de Dios y los del prójimo.

Rogata. Infinito sentiría yo haberme quedado sin saber toda esta explicacion, tan útil como agradable.

Serapia. La Caridad *no se jacta con insolencia ni se exaspera por nada*; porque no conoce á la ira ni á la venganza; y solo estas dos pasiones son capaces de hacer preciarse insolentemente y de irritarse por nada.

Rogata. Mientras mas váis diciendo, mas aumentáis el precio grande de todas estas cosas.

Tálida. La Caridad *no sospecha mal de nadie*; porque es incapaz de atreverse á pensar de nadie mal.

Rogata. Al paso que os oigo, mas crece mi regocijo.

Serapia. La Caridad *no aplaude ni se alegra de la injusticia*, pero sí recibe gusto con la verdad; porque solamente puede agradarla lo que honra á Dios, y lo que se encamina á su gloria.

Rogata. No faltan ya mas que cuatro palabras; acabad, por vuestra vida.

Tálida. La Caridad *tolera todo* cuanto se puede tolerar sin perjuicio de su conciencia; aguardando pacientemente la ocasion y coyuntura favorables, para hacer últimamente la correccion *fraternal*. La Caridad *crea todo* lo que contribuye al honor de Dios, y al bien y provecho del prójimo. La Caridad *lo espera todo* (lo que es de parte de Dios) para el cual nada hay imposible. La Caridad *lo sufre todo*, cuando el asunto es, adelantar por este medio la gloria de Dios, y la salvacion del prójimo.

Rogata. Bastante siento yo, que se haya concluido ya todo lo que había que decir acerca de los admirables caracteres de la Caridad.

Serapia. Mira si te queda aún alguna dificultad sobre ellos.

Rogata. De tal modo los habeis explicado todos que no cabe estar mas satisfecha de lo que yo estoy.

Tálida. Nosotras nos alegramos infinito de que nuestra explicacion te haya agradado tanto.

Rogata. Con que cualquiera que practicáre todas estas cosas, ¿tendrá verdadera Caridad?

Serapia. Sí por cierto, segun el Apostol.

Rogata. ¿Y podrá vivir con esta seguridad?

Tálida. Sí; en cuanto puede tenerse en esta vida.

Rogata. ¿Luego no habrá ya que hacer mas que echarse á dormir?

Serapia. No, eso no, es necesario que esté siempre con algun género de recelo de si la tiene, ó no; porque en esta vida no se puede estar seguros, ni tener certeza de eso, á no ser por revelacion.

Rogata. Yo por mí, recelo mucho el que no tengo Caridad; porque no soy paciente, ni afable, ni amiga de hacer bien; soy harto envidiosa, y bastante temeraria y precipitada; me inflo soberbiamente con facilidad, y me alimento con pensamientos de ambicion: soy sumamente desdeñosa: no quiero ceder ni un ápice en punto de intereses, aun cuando medie en ello la gloria de Dios y la salvecion del prójimo: me impaciento y me irrito facilmente: tengo una extrema ligereza para sospechar y juzgar mal: me alegro mucho mas del mal, que del bien: no soy capaz de tolerar ni disimular nada: me cuesta no poco trabajo creer, que los demás tengan cosa buena; ni mucho menos, que se pueda esperar de ellos nada bueno: en fin, yo no sé sufrir nada.

Tálida. Pues conoces el grave mal de que adoleces, procura remediarle prontamente; porque de no hacerlo así, tienes sobrada razon para temerlo todo.

Rogata. Ya lo veo y lo experimento demasiado.

Serapia. Es que no te has de quedar en solo eso; es menester que hagas por corregirte sin dilación

Rogata. ¿Qué? Si yo no me hallase con todas estas disposiciones á la hora de la Muerte ¿me, perdería sin recurso?

Tálida. Indubitablemente, si llegaras á morir sin Caridad, tu suerte sería infeliz, lo mismo que la de las Vírgenes necias.

Rogata. Os aseguro que esto me atemoriza.

Serapia. Haces muy bien de temer ínterin esto tiene todavía remedio; porque una vez que la Muerte hubiere, llegado, no le habrá, no.

Rogata. Ya estoy enteramente resuelta á ello.

Tálida. Para fortalecer mas y mas esa tu resolución, imagínate, que estado será el de una alma que muere sin caridad; y concibe, si puedes, qué extraño sobresalto, y qué cruel desesperación no será la suya.

Rogata. Tanto es lo que yo temo esto, que me extremezco y horrorizo.

Serapia. No es posible comprender bien la situación que es esa; tan ¡espantosa es!

Rogata. Pues ya que yo no puedo comprenderla bien, desearía á lo menos, saberla temer debidamente, para no caer en ella.

Tálida. Figúrate, que esta alma, al primer paso que da, luego que se aparta del cuerpo, se ve repentinamente cercada de la inmesidad de Dios; y que al primer rayo de su luz descubre, que ella se halla desti-

tuida de Caridad, y por consiguiente, que está réproba y précita para siempre jamás.

Rogata. Yo creía, que el alma primeramente sería presentada ante el tribunal de Jesucristo, que es á quien el Eterno Padre, tiene dado todo el poder para juzgar. (1)

Serápia. Crees muy bien en eso; pero en un mismo instante es acusada juzgada, y condenada sobre la falta de Caridad, y sobre una infinidad de pecados, desconocidos hasta entónces, que ella ha cometido por defecto de Caridad.

Rogata. ¿Quiénes son los ejecutores de esta sentencia eterna?

Tálida. Los demonios; los cuales arrebatando violentamente á esta pobre alma, la precipitan en los insondables abismos; y cuando los demonios no lo hiciesen, ella misma se despeñaría por sí sola en ellos como en su propio centro; pues solo aquel lugar conviene á las almas que están desnudas y faltas de Caridad.

Rogata. Con esto que acabas de decir, se duplica mi estremecimiento.

Serápia. No has de contentarte solo con temblar; aprovéchate de estos avisos, para precaver una situación tan formidable.

Rogata. Y ¿qué es lo que se necesita para eso?

1 Joh. 5. 22. etc. 27., etc. Act. 10 42

Tálida. Hacer todas las cosas en Caridad y por Caridad.

Rogata. ¿Qué quieres dar á entender con estas palabras, *en Caridad y por Caridad?* ¿son por ventura dos cosas muy diferentes?

Serápia. Sí; muy diferentes son.

Rogata. Muéstrame en qué está la diferencia.

Tálida. Esto es muy fácil obrar en Caridad, es obrar con amor de Dios dentro del corazon; y obrar por Caridad, es obrar por motivo de este amor.

Rogata. ¿Se requiere, que este motivo sea actual?

Serápia. Lo mejor sería eso; pero no es necesario.

Rogata. ¿Con qué, pues, os contentaréis?

Tálida. Nos contentaremos con que por la mañana cuides de hacer ó dirigir la intencion; y con que la renueves al comenzar cada acción principal, ó mas notable.

Rogata. ¿Luego no pedís, que se haga esto mismo al principio de todas las demás acciones, que no son de consecuencia?

Serápia. No; porque así como el comercio y trato de la vida civil sería una cosa sumamente incómoda el andar pesando los cuartos y ochavos, así también sería una cosa igualmente molesta en el comercio de la vida espíritual, el verse obligadas á pesar cada menuda acción, refriendola actualmente á Dios.

Rogata. Y ¿por qué no es necesaria tanta proligidad?

Tálida. Porque Dios, que ve claramente nuestro co-

razón, y que lee nuestra voluntad se contenta con eso.

Rogata. Yo celebro mucho el saberlo, para obviar toda pena y toda cangoja de Espíritu.

Serápia. Bien puedes contar seguramente con que en esto te no engañamos.

Rogata. Conozco y se ciertamente, que sois demasiado instruidas, para que pudieséis engañarme.

Tálida. Procura practicar exactamente esto mismo; y de esa manera harás todas las cosas en Caridad y por Caridad.

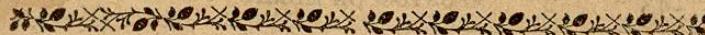
Rogata. ¿Luego la Caridad nada tendrá que temer en aquel último momento?

Serápia. Nada; porque la Caridad cubre y borra la multitud de pecados. (1)

Rogata. Hoy, pues, me resuelvo á ello: ya de hoy mas, no quiero vivir sino entre los amorosos brazos de esta virtud, para morir tambien entre ellos.

Tálida. Tu resolución no puede ser mas prudente. Persevera constante en ella hasta la muerte, y te ganarás la corona de la Gloria. (2)

1 Petr. 4 8., etc. poverb. 10. 12.
2, Apoc. 2. 10.



Conversacion LXXVII

SOBRE LOS CIELOS Y LOS ASTROS. (1)

Asteria. Inquietas estamos por saber, si acaso desaprobarás el deseo que tenemos de instruirnos en lo perteneciente á cosas, que están encima de nuestras cabezas.

1 Aunque el sistema que el Autor se propone y sigue aquí, no es en todas sus partes el de los Astrónomos y Filósofos modernos, ni por lo mismo el que en estos últimos tiempos ha llegado á adoptarse casi generalmente, pero sí el que de muchos siglos á esta parte fué mas comunmente recibido, y quizá no es menos á propósito para excitar á la Juventud á que se eleve frecuentemente su consideración al Supremo Hacedor de Cielos y Tierra, y le alabe y bendiga en sus maravillosas obras: que es el objeto principal de la presente Conversación, prescindiendo ahora de opiniones.